
INTRODUCCIÓN

Laura Dolfi Università degli Studi di Parma

José Luis Bernal Universidad de Extremadura

Este número de los *Cuadernos AISPI* se centra en uno de los campos menos trillados de los estudios literarios contemporáneos: el de los epistolarios. Transcurridas ya casi dos décadas desde las primeras llamadas de atención serias en este ámbito, consideramos muy oportuno ofrecer nuevas indagaciones y cartas que ejemplifiquen la fortaleza y vigencia de estos estudios y su imprescindible papel en el conocimiento de la historia literaria y de las obras de sus protagonistas.

En realidad, esta aportación a los *Epistolarios del siglo XX* de los *Cuadernos AISPI* se inserta en una fértil senda en la que hay que destacar desde monografías que sentaron bases sólidas a finales del siglo pasado, como los *Epistolarios del Veintisiete: el estado de la cuestión*¹, o monográficos de revista como es el caso de “Epistolarios y literatura del siglo XX” de la murciana *Monteagudo*²; hasta los epistolarios publicados desde finales del siglo XX hasta nuestros días, de muy diversa factura y enfoque pero que, en suma, están orientados hacia un mismo fin. Ello seguramente explica el decidido apoyo de algunas editoriales a este filón de los epistolarios, como es el caso de la valenciana Pre-Textos, a la que se debe la publicación en estos últimos lustros de cartas de Unamuno, Bergamín, Prados, Salinas, Guillén, Diego, Alexandre, Alberti, Gil Albert, Zambrano, Juan Goytisolo, etc.³ Incluso cabe destacar, como corroboración de este auge

1 Ed. al cuidado de Gabriele Morelli, Viareggio-Lucca, Mauro Baroni editore, 2000.

2 Impreso en 1998 (nº. 3).

3 Cfr. editado por Luis Maristany las *Cartas a un amigo* de Juan Gil Albert en 1987; por Julio Neira y Rafael Gómez de Tudanca la *Correspondencia (1922-1965)* de Jorge Guillén y José M^a de Cossío en 1993; por Nigel Dennis el *Epistolario (1923-1935)* de Bergamín y Unamuno en 1993 y *El epistolario (1924-1935)* de Bergamín y Manuel de Falla en 1995; por Juan Manuel Díaz de Guereña la *Correspondencia (1957-1962)* del mismo Prados con José Sanchis-Bañus en 1995; por Enric Bou las *Cartas de viaje* de Salinas en 1996; por José Luis Bernal Salgado la *Correspondencia (1920-1983)* de Pedro Salinas, Gerardo Diego y Jorge Guillén en 1996; por José Luis Cano las *Cartas desde el exilio* de Emilio Prados en 1997; por Javier Escudero Rodríguez *El epistolario (1968-1972): cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo* en 1997; por Rafael Gómez de Tudanca y Eladio Mateos Miera la *Correspondencia a José María de Cossío* de Rafael Alberti (seguido de *Auto de fe y otros hallazgos inéditos*) en 1998; por Juan Manuel Díaz de Guereña las *Cartas (1927-1984)* de Luis

epistolar y a propósito de la fértil senda citada, la importancia que en el campo de la investigación humanística han tenido los epistolarios, tal y como acredita el Proyecto “Epístol@”, que viene empeñándose en los últimos años en el rescate y edición del corpus epistolar de la Edad de Plata y a cuyo amparo se han editado ya correspondencias de Benjamín Jarnés, Luis Cernuda, Juan Larrea, Manuel Altolaguirre, Zenobia Camprubí, Juan Ramón Jiménez, Vicente Huidobro, Adolfo Salazar, León Sánchez Cuesta y Gabriel Celaya.

Es un hecho incontrovertible que los epistolarios están haciendo crecer e iluminando la literatura del siglo XX con independencia del debate teórico que suscitan y del peso que se les quiera dar en la hermenéutica. Aquella buena fortuna que deseaba a la carta misiva Pedro Salinas en su memorable ensayo de *El Defensor*, “Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar”, escrito desde el vértigo que la modernidad infundía al poeta escritor de cartas (recuérdese el “Wire, don't write”, en referencia al telégrafo), ha ganado la batalla en el caso de muchos de los escritores de la Edad de Plata y de buena parte de sus herederos hasta casi las últimas décadas del siglo pasado.

La carta cobra su cabal sentido en lo que podemos llamar el diálogo epistolar entre corresponsales; sin embargo, es muy complejo reconstruir completamente esos diálogos, dada la propia contingencia de la carta, su no siempre fácil conservación, por muy distintos motivos, y su condición natural de “voz escrita” en manos de otro (el receptor. No es habitual, por desgracia, que el autor conserve copia de la carta que él escribe). De ahí, la dificultad de ofrecer *a posteriori* conjuntos epistolares que permitan reconstruir situaciones, relaciones humanas, acontecimientos biográficos, editoriales, etc. sin dejar a una de las dos “voces” sobrentendida como simple fondo, sólo indirecta y parcialmente reconstruido. A la tarea acostumbrada de reunir y analizar textos (que además, en este caso, estuvieron pensados para una dimensión privada), se añadirá pues la de intentar llenar los eventuales “vacíos” dejados por la parte de diálogo que se perdió.

Localizar, editar, comentar, enmarcar en su contexto epistolarios inéditos o profundizar en el examen de otros ya conocidos es también la finalidad de este número de los *Cuadernos AISPI*, en el que, por un lado, se reúnen ediciones comentadas de cartas inéditas (con dos, o con sólo uno de los corresponsales); y, por otro lado, análisis de epistolarios conocidos. Entre las primeras se ofrecen unas cartas de Gerardo Diego y de Juan Larrea (con el valor añadido

A. Piñer y Gerardo Diego en 2001; por su correspondiente Agustín Andreu las *Cartas de La Pièce* de María Zambrano en 2002; por Laura Dolfi las *Cartas inéditas (1953-1983)* de Guillén y Oreste Macrí en 2004; y por Irma Emiliozzi *Cartas de Vicente Aleixandre a José Antonio Muñoz Rojas*, en 2005.

de completar un diálogo sólo conocido por las cartas del vasco); de Eduardo Mallea a Guillermo de Torre; de María Teresa León a los Rotzait; y de Rafael Morales a Oreste Macrí. Entre los segundos, se publican diferentes estudios que reconstruyen correspondencias profesionales (la de Unamuno con Beccari); o bien evocan relaciones amistosas o cordiales (la de Guillén-Salinas, la de Carmen Martín Gaité-Juan Benet, la –cronológicamente más distante– de Rosa Chacel con Ana María Moix, y la de Carmen Conde con Pilar Paz Pasamar); o describen atmósferas culturales ligadas a movimientos literarios (Pessoa y el Ultraísmo); o bien comentan importantes homenajes (como el de Antonio Machado en 1966). Las entrecruzadas líneas de diálogo epistolar propuestas –que unen, dentro de un marco cronológico común, a nombres y a lugares diferentes: España, América Latina, Italia, Portugal– se enriquecen, además, de otras figuras, de escritores y, sobre todo, de poetas: como es el caso de Unamuno con Víctor Said Armesto, o de Pessoa con Unamuno, Rogelio Buendía, Adriano del Valle e Isaac del Vando-Villar. Análogamente, una correspondencia como la de Guillén y Salinas se transforma en el punto de arranque para otras correspondencias: como la de Salinas a su mujer Margarita Bonmatí, la de Guillén a su propia mujer (Germaine Cahen) y a Katherine Whitmore, que fuera musa de su íntimo amigo Salinas; mientras que el común interés por las celebraciones machadianas liga a José Manuel Caballero Bonald, Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Dámaso Alonso, Carlos Barral, y muchos otros.

A fin de cuentas, este núm. 3 de los *Cuadernos AISPI* no busca sino contribuir aunque mínimamente al conocimiento veraz de esa autobiografía que las cartas trazan, a sabiendas o sin querer, de los correspondientes que las escriben y las leen, traspasando fronteras y cronologías e iluminando la historia literaria con una luz nueva.

